

La institucionalización de la violencia

Miguel Pérez de la Mora

Quizás uno de los elementos más característicos de nuestros días es la violencia. Si esta conducta —uno de los rasgos más peculiares de nuestra especie— se ha ejercido siempre bajo pretextos alimenticios o defensivos en contra de otras especies y por razones diversas en contra de individuos de la misma, en nuestros días parece haberse recrudecido y, como por desgracia lo atestiguan los acontecimientos más recientes, institucionalizado por parte de algunos gobiernos.

En esta escalada de violencia, la prepotencia y la voracidad comercial, asociadas a la complacencia gubernamental, han jugado indudablemente un papel decisivo. Resulta preocupante observar cómo los distintos medios y particularmente la televisión, el medio favorito de las mayorías, están plagados de contenidos en donde la violencia es el factor común. Las series y películas de “acción” que ahí se muestran, producidas en su vasta mayoría en Estados Unidos y distribuidas al resto del mundo, se han convertido en el pasatiempo más preferido y, por desgracia, en el único medio de educación para muchos. Tales programas están diseñados para obtener enormes ganancias pero también para llevar mensajes implícitos de superioridad a un vasto público televidente, en el que parece incluirse, por lo que todo indica, a individuos colocados en los más altos sitios del poder. En ellos, aparte de educar al televidente en imaginativas maneras de ejercer la violencia, se destaca la fantasiosa

creación de míticos e infalibles “rambos”, capaces de dilucidar el secreto del bien y del mal, y de aplicar por sí mismos y sin vacilación, algunas medidas conducentes a hacer prevalecer “la paz y la justicia” que todos en este mundo deseamos y necesitamos.

No es entonces sorprendente, pero sí muy preocupante, observar cómo algunos gobiernos instigados por el de Estados Unidos, en contra de la convicción de la mayor parte de los países del orbe, de una infinidad de organizaciones pacifistas internacionales, de eminentes líderes religiosos y de la opinión de millones de personas pacíficas y miles de intelectuales de todo el mundo —en donde por supuesto se incluye a una multitud de generosos ciudadanos y aun de políticos nacidos dentro de sus fronteras—, han roto en forma violenta con la legalidad internacional representada por la Organización de las Naciones Unidas. Al atacar a Irak unilateralmente, ha puesto en riesgo en forma arrogante la paz y la tranquilidad del mundo en aras de intereses que no escapan a la percepción de nadie.

Rechazamos esas acciones y hago votos, al momento de escribir a título personal este editorial, para que esta guerra genocida que atenta contra la vida de numerosos adultos y contra el futuro de varias generaciones de niños, se detenga y no se extienda a otros países; y para que al momento de publicar este número de *Ciencia* el conflicto que nos ocupa se halle ya dentro del cauce de un genuino interés internacional por una solución pacífica verdadera.